

Pasajero en el infierno

Iliana Palacios

La idea que le nació en la cabeza fue como una semilla sembrada por la curiosidad, alimentada por la pobreza, la escasez de oportunidades y la falta de recursos para necesidades cotidianas. A una edad muy tierna mi papá partió de lo único que él conocía. Parecía un pajarito navegando por tierras extrañas, tratando de conocer lo que él veía en sus sueños. La primera vez que cruzó la frontera hacia los Estados Unidos, el gusto no le duró mucho tiempo porque fue deportado. Decidió intentar otra vez, pero nunca se imaginaba que le esperaba un infierno.

Joven, trabajador y con la espina todavía clavada en su cabeza de regresar al país de oportunidades, quería intentar el reto una vez más. No se quiso dar por vencido y con el sudor de su frente y harto sacrificio, ahorró suficiente dinero para contratar a un coyote. Mi papá y otros seis hombres empezaron su salida a las seis de la tarde desde San Luis Río Colorado, Sonora, México. Como muchos inmigrantes, el coyote y los hombres tuvieron que caminar hacia su destino. Esta región es puro desierto seco y arenoso donde el calor del sol penetra tan firme que nadie puede escapar. La temperatura alcanza a 120 grados, condiciones no adecuadas para navegar tanto tiempo. El desierto parecía un infierno aquí en la tierra. Cada uno tenía dos garrafones llenos de agua y una barra de pan que para ellos era un lujo. El infierno les evaporó la poca agua que tenían en los garrafones, casi quitándoles lo que les estaba dando vida. Entre tragos, mi papá pensaba para sí mismo: “Más vale tomarme el agua así, aunque parezca un caldo desabrido. Si no, creo que aquí voy a dar mis últimos pasos en este desgraciado infierno. Si encuentro un charco de agua fresca, me la tomo toda”.

Todos caminaron doce horas en el miserable calorón subiendo y bajando las cumbres del desierto que se les atravesaba. Al anochecer sólo tenían la luz de la luna como guía. De vez en cuando se oían los sonidos de víboras de cascabel serpenteando, coyotes sollozando y alacranes caminando con rapidez por toda la tierra. Fue un milagro de Dios que no le tocó enfrentarse con uno de esos animales. Después de caminar tantas horas, desvelados, con un hambre del diablo y una sed sofocante llegaron a su destino en Arizona. A lo lejos parecía que habían encontrado un sembradillo de sandía. ¿De verdad era un rancho o sólo se lo estaba imaginando? La boca ni se le hacía agua, estaba tan deshidratado que su cuerpo ya andaba en sus últimas. Al fin llegó a ese rancho y se dejó caer en la tentación. Tanto él como los otros hombres empezaron a quebrar las sandías. El color rojizo resaltaba, parecían tesoros ante los ojos de cada hombre. Caían gotas de dulzura en sus manos y para no desperdiciar el jugo se chupaban los dedos. Parecían perros de la calle cuando se encuentran un charco de agua. Con cada mordida de esta jugosa fruta sentían que su sed se desvanecía poco a poco.

Después de haber comido las sandías, mi papá se sentó en la orilla del rancho esperando su aventón a California. Mirando fijamente hacia el horizonte, se puso a contemplar lo ocurrido. Las últimas doce horas tan arduas sólo quedaban como una memoria. Mi papá al fin había llegado al lugar de sus sueños. Sufrió hambre, desvelos y sed pero valió la pena pasar por ese maldito infierno. Al fin, iba a empezar una nueva vida en un lugar lleno de promesas.